

Una es, el no tener ojos,
otra el estender las alas,
otra, el ahogarse á la orilla,
y otra el bramar desairada.
Estos motivos da el vulgo;
pero el respeto señala
en deidades tan supremas
cuatro razones más altas.
La primera, es por saber
si ese pez aborta el ámbar,
para que su aprecio venza
de su aliento la fragancia.
La segunda, porque tenga
Doris, después, en más grata
estimación sus arenas
por medidas de sus plantas.
La tercera, es que á sus ojos
es preciso que al mar vayan,
pues no pudieron ser soles
sin tramontar en las aguas.
La cuarta, porque ellos sean,
sin riesgo y con alabanza,
Narcisos dando á sus rayos
el mar espejo de plata.
Las espumas bulliciosas
salpican beldades tantas,
porque con razón se diga
que el mar por los cielos anda.
Las Nereidas á la orilla
les envían cortesanas,
con su tiro de Tritones,
sus torlónchillos de nácar.

De don Manuel de Rojas:

ROMANCE

Cuatro motivos me piden
del ir á ver la ballena
á Chorrillos las beldades,
y á diluvios las bellezas.
Furiosas del sur las ondas
tan ferozmente se alteran,
que parece que en su centro
viven las aguas violentas.
Los erizados penachos
con soberbio impulso encrespan
de plata rizados montes,
de espuma nevadas sierras.

Ya desprecian por humildes
blandos círculos de arena,
que es poco lucir cristales
si pueden brillar estrellas.
A buscar más dilatado
término altivas se alientan,
mejor que en las verdes lomas
en las azules esferas.
La vaga región escalan
con tan veloz impaciencia
que, apresuradas, no sufren
el que el viento las impela.

Cuanto coral, perlas, conchas,
y aljófar Neptuno guarla,
les rinde, y lo estiman como
si un caracol importara.
Marinos, amantes dioses,
aun en el hielo se abrasan,
y el número de sus quejas
ondas y arenas iguala.
A su vista ofrece el golfo
serenidad sin mudanza,
desmintiendo en su obediencia
la nota de su inconstancia.
Con monterillas airosas
se adornan, de plumas vagas,
cuando su aplauso dedica
más nobles plumas la Fama.
Con dificultad los ojos
podrán seguir sus pisadas,
porque es muy estrecha senda
la que dejan sus estampas.
Menos consiguen las voces
cuando más activas claman,
porque con aires de ruegos
quieren explicar las ansias.
Y si al mar estas beldades
llevan á esparcir sus gracias,
no permiten que el deseo
sus libres vuelos esparza.
Mas es razón que á su imperio,
si de aire común llevadas
se fueron con la corriente,
se vuelven con la resaca.

De las olas se escuchaban,
entre bramidos y quejas,
ser sus cláusulas horrores,
siendo cristales sus lenguas.
Al remonte de las ondas
atropellados se encuentran
conchas, sol, arcas, sirgos,
aguas, peces y planetas.
La bruta viviente escama
que el undoso seno puebla,
ó difunta la despoja,
ó impelida la despeja.
En los profundos vacíos
que abiertos las ondas dejan,
los Scilas y los Caribdis
escasamente se muestran.
Yertas, turbadas, confusas,
las alevosas sirenas,
con el miedo de su estrago
ó se ocultan ó se entie ran.
De los acentos que Doris
oyó á sus dulces Nereidas,
horribles ecos formaban
en sus cóncavos las peñas.
Al firmamento, al abismo,
ya abatidas, ya soberbias,
estragos los precipicios,
asombro las ruinas eran.
Tanto terror fulminaban,
que se vieron descompuestas
en las manos de Neptuno
de sus Tritones las riendas.
Al tridente las espumas
tan tenaces se rebelan
que, á su sacrilega furia,
se dobla si no se quiebra.
Abrumado ya de Eolo
al fuerte impulso flaquea;
y á tanta azul pesadumbre
su robusta espalda tiembla.
Desmayada de las aguas
la desbocada violencia,
su cerviz, tascando espuma,
al freno altivo sujeta.
Burla de su mismo engaño,
ruina de su misma fuerza,
precipitadas se abaten
cuanto orgullosas se elevan.
De Icaros desvanecidos
es duplicada tragedia,
que se arruinan ensalzados,
que humildes se desvanecen.

Preñada la mar gemía,
de parto el agua se queja,
dando al dolor el bramido,
dando al horror la tormenta.
No es mucho, pues, si de un monstruo
su vientre el aliento alberga
que, concebido entre horrores,
estragos su aborto sean.
Si ya no es que, viendo el mar
su irracional corpulencia,
le buscarse embarazada
mayor sepulcro en la sierra.
Sosegáronse las aguas,
pues con el viento deshecha
toda la furia del mar,
en los Chorrillos se quedan.
Admiró la playa al verlo
que una difunta ballena,
al impulso de las olas,
movible monte parezca.
De la vecindad cercana,
que el mar propicio alimenta,
por verla el rústico pueblo
presuroso se despuebla.
Quién al verte horrorizada
oh, playa feliz! dijera
que, en breves horas, florido
pensil de Venus te vieras?
Aguarda un poco, y no dudes
que si Diana entendiera
cómo has de verte, trocara
por sus horrores sus selvas.
Súpole Lima, y curiosas
ya sus deidades desean
que, en sus ojos, las noticias
transformen en evidencias.
Móviles sus lechos Flora
vió en las móviles calesas
que, en dos leguas de jardines,
bordaron mil primaveras.
Allí, por prodigio raro,
se admiró el que no supieran,
vendo cargadas de dichas
desvanecerse las bestias.
Qué mucho si á cada una
mejor Atlas se contempla,
cuyos insensibles hombros
más digno cielo sustentan!
Su suerte pudo envidiarse,
porque solo allí debiera
lo racional, de lo bruto
formar celosa querella.

Más ufanas van que Troya
 vió con su Anchises á Eneas,
 y más felices que París
 viendo en sus brazos á Elena.
 No es mucho, que la hermosa
 que hoy ve el sur en sus riberas,
 ni vió Troya en sus incendios
 ni vió en sus pensiles Grecia.
 Si ufano el suelo tocaban
 ya sus palmas, ya sus ruedas,
 al brote de los claveles
 se deshacían las huellas.
 Vanas de tocar sus plantas
 el ser diamante desprecian,
 pues logran por más pisadas
 mejores luces las piedras.
 Embozados Mongibelos,
 en los rebozos envueltas,
 todo es fruto lo que esconden,
 todo es nieve lo que enseñan.
 De las ricas monterillas
 el negro plumaje peinan
 mil sedientos Cupidillos,
 que á beber su aliento vuelan.
 Coral purpúreo á sus brazos,
 á sus cuellos blancas perlas,
 de ocultos troncos y conchas
 pródiga la mar franquea.
 El abanico y el guante
 muy traviesamente alternan,
 el uno con lo que abriga,
 el otro con lo que templá.
 Para admirarlas Cupido
 rompe su aljaba y su venda,
 pues mejor vence á sus ojos
 con ceguedad y sin flechas.
 El Sol que, puliendo luces,
 ansioso madruga á verlas,
 por no abrasarse en su incendio
 forma de nubes vidrieras.
 Celosa Vénus, mirando
 en cada una, una afrenta,
 en un transportín marchito
 triste á recostarse llega.
 En las copas de los troncos,
 desgajados por sus cercas,
 á su influjo tributaron
 copiosos frutos las huertas.
 A su luz las mariposas
 cobardemente se arrestan,
 sintiendo que las abrasa
 la llama que las deleita,

Si á los floridos tocados
 el vuelo animoso acercan,
 como en sus flores se abrigan
 más que en su fuego perezcan.
 Así el escuadrón brillante
 á un tiempo dió, con su ausencia,
 al Rímac la enhoramala
 y á la mar la enhorabuena.
 De su jornada el motivo
 neciamente el vulgo piensa,
 labrando de los misterios
 delito á las ligerezas.
 Pero es ya común arrojo
 de una ignorancia grosera
 que á los cultos más sagrados
 más ciegamente se atreva.
 De alto numen sus candores
 venerados hoy, se empeña
 en que alientos tan villanos
 ni los empañen ni ofendan.
 El esplendor de sus rayos
 la torpe ignorancia vena,
 y en un respecto que ilustran
 su mismo empeño ennoblezcan.
 Fué el más singular motivo
 del impulso que las lleva
 ver, entre tanta hermosura,
 por cosa rara una fiera.
 Pienso que, al mirarse el bruto
 honrar de tanta belleza,
 no le hizo falta el aliento
 para sentir la soberbia.
 Mas dice que, entre el hermoso
 concurso, al ver su fiereza,
 si vida hubiese te rido
 de corrido la perdiera.
 Compadecidos sus ojos
 el activo fuego ausentan,
 antes que el que vive incendio
 no llegue á expresar pavesa;
 que hay achaques en las almas
 que suelen, en lo que penan,
 minorarse en las distancias,
 y ausentarse en las presencias.
 Pero ¡qué mal lo procuran
 vanas piedades, que intentan
 el hacer la medicina
 más cruel que la dolencia!
 A ceñir fueron laureles
 de aquella antigua contienda
 que con el Rímac tuvieron
 las Náyades y Napeas,

Allí el pleito á su favor
 sobre una y otra sentencia,
 ganado en vista y revista,
 se ganó en mil y quinientas.
 Su noche, aclamado triunfo
 de menor aplauso fuera
 si, al vencerlas como hermosas,
 presentes no las venciera
 Fueron, en fin, á obsequiar
 á la bruta forastera
 que despreció cetro y vida
 por verse á sus plantas muerta.
 Afables y cortesanias
 darla el aliento pudieran

si, en su presencia, la vida
 de ser vida presumiera.
 Y para que más gloriosa
 su envidiada suerte sea,
 en centro más venturoso
 ricas cotillas la hospedan.
 Del motivo que las mueve
 claras las razones quédan
 si, á pardas sombras ocultas,
 á mayor luz descubiertas.
 Pero va Lima difunta
 recobrar su aliento espera
 cuando, satisfecho el gusto,
 tanta alma á su cuerpo vuelva.

De don Jerónimo de Monforte:

QUINTILLAS

El asunto, si lo entiendo,
 de los Chorrillos, aquí
 se viene ¡caso estupendo!
 y para hablar de él, á tí
 oh, ballena! me encomiendo.

y los hombres acudían
 sólo por irse tras ellas.

De romance á redondillas
 está el metro á mi elección
 para decir tres cosillas,
 si es que tres las cuatro son
 que tocan á mis quintillas.

Tras estos motivos creo
 ser el cuarto, en la verdad,
 según femenil deseo,
 abultar la necesidad
 sólo por tener paseo.

Qué motivo, di, tuvieron,
 si es que lo puedes decir,
 las que á visitarte fueron?
 Mas déjame discurrir
 y callen los que estuvieron.

Por aquesta razón sola
 irían tales ó cuales;
 más según la tabaola (1)
 y bulla, los colegiales
 por dar á un vitor la cola.

Las mujeres (que en las parbas
 son granos de Belcebú)
 irían (oh! lo que escarbás
 consonante) porque tú
 eres animal con barbas.

Ahora sí que di en ¡llo!
 ninguno lo pensaría;
 más si replica lo bello
 que no es por esto, sería
 por lo otro y por aquello.

Viudas, casadas, doncellas,
 si no es por aquesto, irían
 porque viesen que eran bellas,

Las ocho juzgo que han dado,
 con lo cual me quedo quieto
 después de haberlo sudado,
 que me puso en grande aprieto
 el asunto emballenado.

(1) *Tabaola*, escribe el poeta, en vez de *batahola*, acomodándose al lenguaje popular de Lima en ese siglo, en que se decía y escribía *tracalada*, en lugar de *matracalada*, etc., etc.

JUICIO SINTÉTICO DE LA SESIÓN

No merece crítica la primera parte de esta velada en que los ingenios anduvieron pródigos en cortesanas lisonjas al monarca, por el feliz éxito de una acción de guerra. La humanidad ha sido siempre la misma:—endiosadora de poderosos é improvisadora de héroes. Pasemos, pues, por alto los alambicados geroglíficos. Todo nos parece en ellos extravagante, así como nos es incomprendible el romance endecasílabo.

Habiendo varado una ballena, en la playa de Chorrillos, convirtióse el suceso en motivo de general alboroto, siendo las limeñas las más curiosas por ver de cerca el monstruo marino. Sobre este tema designado por el Virrey, improvisaron los poetas. Los fáciles romances de Cascante y de Peralta contrastan con la pesadez de los versos leídos por Bermudez y por Rojas. También nos parecen pobres y descuidadas, las quintillas de don Jerónimo de Monforte, y aún las del marqués de Brenes. No obstante hay que reconocer que, en materia de imágenes, aunque con deplorable culteranismo, aguzaron todos el ingenio.

R. P.

ACTA QUINTA

DE LA ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EL LUNES 21 DE OCTUBRE DE 1709

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

El licenciado don Miguel Cascante — *El doctor don Pedro José Bermúdez*
El marqués de Brenes — *El doctor don Pedro de Peralta*
Don Juan Manuel de Rojas — *Don Jerónimo de Monforte y Vera.*

Para esta Academia había dado Su Excelencia por tema á los concurrentes que trajeran un anagrama de los nombres de Felipe y María Luisa Gabriela, nuestros católicos Reyes.

Y después de la música y de haberse leído los anagramas de Su Excelencia y de los demás ingenios, dió Su Excelencia por asunto, para que escribieran de repente, la pintura de una dama, discurrida con proporción á diferentes piedras, en metro voluntario.

Del Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius, Virrey de estos reinos:

Mejor Phili Saboyana
pinto en mi anagrama, en que
pinto Phili, brío y Gala.

Philipo Quinto y Gabriela.